

VALENTIN GONZALEZ, "El Campesino"

Por CARMEN LYRA

Cuando los técnicos, cuando los altos militares españoles traicionaron a su patria en julio del 36 y la dejaron a merced de la invasión fascista, España concibió y parió sus grandes defensores, muchos de los cuales han salido de la masa campesina u obrera: allí está Lister el gallego, que acaba de ser elevado al grado de Teniente Coronel: Lister, hijo de cantero y cantero él mismo, que de niño fue muchacho de mandados en un almacén de la Habana; allí está Valentín González, apodado el Campesino, hoy General de División, surgido del terrón de España.

Valentín González, el Campesino, representa un modo de sentir y actuar del pueblo español en estos momentos históricos. Es como el resumen de muchas fuerzas e impulsos sanos que lo graron escapar de la tremenda rutina en que los tenían encerrados el grande de España, el capitalista y el alto clero. Pero al mismo tiempo se tiene la impresión de que es hermano de aquellos guerrilleros españoles que debilitaron los gloriosos ejércitos de Napoleón; un hermano de los guerrilleros a quien la disciplina marxista ha limpiado de la anarquía y el salvajismo de Juan Martín el Empeinado. Leyendo las primeras hazñas de El Campesino, pasa por la memoria las descripciones de Galdós cuando pinta las guerrillas: "aquellos ejércitos espontáneos, nacidos de la tierra como la hierba nativa, cuya misteriosa simiente no arrojaron las manos del hombre". Al saberlo siempre alerta, siempre vigilante, resuenan las palabras de Mosén Antón Trijueque, el cura guerrillero que desde que echó llave a su parroquia y empuñó el sable y la escopeta no volvió a conocer descanso: "Estoy despierto, estoy velando por la patria y temo que la dejen perecer los que duermen."

Las fotografías y los retratos descriptivos publicados en las revistas, han hecho familiar la figura del héroe general campesino a todos los que en América seguimos ansiosos—la conciencia puesta del lado de la causa "leal"—la actual guerra de España. Es como si lo conociéramos: aquí está la maciza figura de cinco pies ocho pulgadas del joven general que apenas cuenta treinta y tres años de edad, con su carota poblada de espesa barba negra, sus fuertes brazos, su vozarrón, sus pintorescas maldiciones, su prodigiosa voluntad y su gran capacidad organizadora. Cuando estalló la revolución en julio del 36, Valentín González era un campesino que no sabía ni leer. Era de las fuerzas naturales que España tenía en reserva para defender la vida. Salíó en aquellos trágicos momentos con otros muchos que ganaron caído en la lucha o que

aun están vivos, armado con su valor nada más. Fue como si las piedras y los terrones se hubiesen convertido en bravos guerreros. Si los técnicos, si los militares expertos en estrategia, hábiles en hacer cálculos de balística y en la revolución de intrincados problemas de emergencia, habían traicionado a su patria, allí estaban estos campesinos iletrados y toscos para defenderla. Al diablo las charretas, las cruces y las condecoraciones que adornaban hombros y pechos de felones. Los soldados improvisados no llevaban dorados en las mangas ni medallas en el pecho, ni letras ni números en la cabeza, pero tenían la conciencia sana y la voluntad alerta. Y Valentín González el campesino aprendió a leer en los ratos que España le ha dejado y estrategia en los propios campos de batalla, y la ha aprendido en tal forma, que los flamantes generalotes y coroneles de Burgos y de Salamanca han aprendido también a temer al nuevo general salido de la gleba.

En todas partes en donde la guerra española ha pedido arrojo, allí ha llegado el Campesino y cuando el pueblo sabe que en sitio de peligro está el Campesino, sonríe tranquilo. Peleó contra los fascistas en el Guardarrama con el batallón de campesinos que organizó a la carrera en aquellos días en julio del año 36 y peleó



El General Campesino, en compañía de otros oficiales, inspeccionando el frente de Teruel

en forma tal, que un corresponsal inglés dijo que los rebeldes hablaban de un grupo de soldados profesionales que se les habían opuesto. En Somosierra quedaron casi todos estos hombres del batallón de Campesino mal vestidos y armados con viejos fusiles, piedras y palos. Con el nuevo batallón de muchachos que formó en seguida, defendió Madrid en noviembre y diciembre del año 36, y no dejó pasar a las tropas de Franco de las puertas de la capital de España. Ayudó a Mija a mantener de pie a España cuando el Gobierno de Largo Caballero huyó a Valencia. Fue el Campesino el que enseñó a los soldados a no tener miedo a los tanques.

Dicen que los ejércitos de aldeanos, en los primeros días de la guerra, se desbaraban desparados a la vista de los tanques, que para su imaginación ingenua, eran como monstruos que vomitaban fuego; tal vez sentían algo parecido a lo que experimentaban los indios a la vista de los caballos que trajeron a América los conquistadores. En vano los oficiales explicaban a sus hombres que no se trataba de nada sobrenatural.

El Campesino comprendió que no era hablar lo que precisaba, sino actuar. Fue en el frente del Jarama, cuando unos tanques enemigos venían hacia ellos, pesa-

dos y retumbantes. Se prendió unas cuantas granadas primitivas de dinamita de su amplio cinturón, encendió un cigarro y se deslizó fuera de la trinchera, después de haber ordenado a sus hombres que lo siguieran con los ojos. En cuatro pies, como un animal que sale de su madriguera, se fué arrastrando, se fué arrastrando... Los ojos de sus compañeros lo seguían ansiosos, atisbando sus movimientos desde los agujeros de la trinchera. Otros dos oficiales lo siguieron. Se escurrió dentro de un hueco a unos cuarenta metros. Los otros dos oficiales se deslizaron también dentro de un hueco en el suelo. Los tanques se acercaban... estaban ya casi sobre él; no lo habían visto. El Campesino desprendió una granada de su cinturón: encendió la mecha con la brasa de su cigarro. Los compañeros vieron el potente arco de su brazo lanzar primero una granada, luego que se hicieron frente con otra. Los dos oficiales hicieron otro tanto. A los pocos minutos siete tanques enemigos estaban fuera de combate; los otros huyeron a toda máquina. Desde entonces los soldados campesinos perdieron su miedo a los tan-

ques e hicieron frente con granadas de mano y gruesos juramentos, a los monstruos de hierro que vomitaban metralla. Y se formó el batallón de muchachos dinamiteros, el batallón anti-tanques de la División 46.

El Campesino lo mismo se enfrenta así a la muerte por la vida de España, que busca y sabe encontrar alimentos para sus soldados a quienes cordialmente maldice y llena de improperios con su lenguaje pintoresco, que los llama cariñosamente "sus hijos." Hay que verlo descubriendo cosas de comer en el almacén de apariencia más vacía. Cuando él entra en una tienda de comestibles, los jamones más escondidos y las patatas más ocultas no están a salvo. El Campesino es un buen marxista que sabe que tripas llevan piernas y mueven brazos. Por valiente y bueno sus soldados lo aman. Su figura heroica ha adquirido proporciones legendarias entre el pueblo. Cuando pasen los años y las gentes vivan una vida más noble, el Campesino será una figura de la epopeya española del siglo XX, como lo es la de Ajax en la epopeya griega o el Rolando en la epopeya francesa:

Ahora cuentan que el Campesino aparece en las batallas cuando los "leales" están para rendirse, que les mete ánimo y que los lleva a la victoria. El Campesino fue de los vencedores en Teruel al lado del coronel rojo.

Desde Nueva York

La situación internacional vista desde los Estados Unidos

Para TRABAJO - - Martín Encina

La crisis política francesa constituyó el mayor evento internacional para la prensa americana en este mes de enero que acaba de pasar.

El inusitado interés provocado esta vez por algo tan frecuente como son los cambios ministeriales en Francia, obedece, en nuestra opinión, a dos motivos diferentes, y hasta cierto punto contradictorios.

En primer lugar, se mira con ansiedad el debilitamiento de la principal potencia democrática del Continente. Si juzgásemos por los comentarios y gráficos aparecidos en la prensa, Francia ha vuelto a convertirse, como en los tiempos de Wilson, en la "frontera de la libertad". Se dice también que durante la crisis, el franco fue sostenido por los fondos de estabilización inglés y americano, de acuerdo con el pacto monetario tripartita

firmado por Blum antes de proceder a la primera desvalorización. De ser esto cierto (cosa imposible de asegurar debido al secreto en que esos fondos operan,) la unidad del frente democrático mundial llevaría tendencias a convertirse en una realidad, por lo menos en el campo económico.

Pero no creemos que haya sido esa razón, más o menos idealista, la verdadera causa del interés despertado acá por la caída del enésimo gabinete francés, sino, más bien, el paralelismo que se pretende ver entre el gobierno del Frente Popular y el New Deal (nueva Política Económica) del Presidente Roosevelt. Tanto los adversarios como los partidarios de la Casa Blanca, deducen lecciones favorables a sus respectivas tesis de los acontecimientos en Francia.

El elemento reaccionario

atribuye naturalmente las dificultades económicas del momento en ambos países, a las reformas sociales de sus gobiernos. Roosevelt y sus suyos contratan brillantemente acusando a los capitales de "hacer la huelga" al disminuir deliberadamente la producción y los empleos, de la misma manera como la huida de capitales franceses al extranjero es usada como presión política por la reacción de por allá. El Secretario Ickes habla de la tiranía ejercida sobre el pueblo americano por "60 familias" archimillonarias, como Blum y los suyos reaccionan contra las "200 familias" del Banco de Francia, etc., etc.

Tal similitud de lenguaje al apreciar la situación de dos países tan distintos como los Estados Unidos y Francia, viene a confirmar simplemente la universalidad

de la descomposición del sistema capitalista. Sin embargo, es difícil escapar a la influencia del pujante optimismo que todavía se respira en este ambiente nuevo y dejar de contrastar la reacción histérica, ante la crisis, de los viejos países sobresturados de Europa con la asimilación sana de las nuevas tendencias sociales que se opera en los Estados Unidos.

Si comparamos las agitaciones frenéticas de los fascismos europeos con la honda revisión de valores sociales que está llevando a cabo el New Deal, es imposible no llegar a la conclusión que de todos los países capitalistas éste ha sido el único con vigor suficiente para aprovechar, sin convulsiones, la tremenda lección de la crisis. De la última crisis; de las venideras le será más difícil escapar intacto, puesto

que su producción está alcanzando ya el punto de saturación, dentro del actual sistema distributivo.

Pero sigamos el ejemplo realista de Marx y guardémonos de profecías. Puesto que el futuro no nos pertenece, atengámonos a las observaciones presentes sobre los "Estados Unidos de hoy", como diría Siegfried.

Nos referimos arriba a la "revisión de valores" que se opera actualmente. Para quien vió este país hace diez años y lo vuelve a ver ahora, esa expresión deja de ser una pedantería sociológica para formular una realidad concreta. Un hondo sentimiento social ha reemplazado al individualismo exasperado de 1928; una civilización puramente adquisitiva ha dado paso a un nuevo humanismo, o mas bien, humanitarismo. Ya no se en-

Pasa a la sexta página.